

VIDA Y NOVENA
EN HONOR DEL
Apóstol San Andrés
PATRONO DE
TEIXIDO



TALLERES TIPOGRÁFICOS FOJO
ORTIGUEIRA

B. P. M. de Ortigueira J. Fdez. Latorre



ORT1000002803

Doazón arquivo particular
Luis Alonso Santiago

R. 32001



S. L. DEP
303/16

I

La patria del apóstol San Andrés ha sido la ciudad de Betsaida en las orillas del lago de Genezaret; era pescador, hijo de Jonás y hermano de Simón que después de llamado al apostolado fué conocido con el nombre de Pedro.

Ninguna noticia tenemos circunstanciada de los primeros años de la vida de este glorioso Santo, pues los Evangelistas sólo nos narran aquellos hechos que están en relación con nuestro Salvador, sin embargo por el texto mismo del Evangelio sabemos que S. Andrés fué discípulo de Bautista y esta circunstancia nos hace comprender la belleza de su carácter y la integridad de sus costumbres.

Algunos escritores afirman que no sólo fué discípulo, sino que fué el primero que se asoció a S. Juan para recibir sus instrucciones, seguirle al desierto y acompañarle en el desempeño de la sublime misión que había recibido del cielo. Esta resolución de San Andrés tanto más heroica, cuanto que no tenía ejemplar nos da una idea bastante clara de la pureza y santidad que adornaban ya su alma antes de entrar en el Apostolado.

Después que el Salvador salió de aquella vida oscura y retirada que por espacio de treinta años había observado en Nazaret, según los altos designios de su Padre celestial y hubo recibido el bautismo por mano de su precursor en el Jordán, se retiró al desierto en donde permaneció entre los irracionales (1)

(1) Marc. cap. 3

cuarenta días con sus noches, consagrándolos al ayuno y a la oración, para encomendar a su Eterno Padre el ministerio público que iba a emprender y la formación de su apostolado. Concluido su santo retiro en aquélla áspera montaña llamada después el desierto de la cuaresma, manifestóse al pueblo por testimonio del Precursor, quien al verle le dió a conocer, diciendo a los circunstantes: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo» (1)

El día siguiente a esta primera manifestación pasaba Jesús por Bethábara, en donde se hallaba el Bautista con dos de sus discípulos, uno de los cuales era S. Andrés. El Bautista al ver venir a nuestro Salvador les dijo: «He aquí el cordero de Dios» y no necesitaron saber más para seguir al Señor espontáneamente, quien volviéndose y viendo a S. Andrés, le dijo: ¿Qué buscáis? y ellos contestaron: ¿Rabi (que quiere decir Maestro) en donde moras? y Jesús les dijo: venid y vedlo. Y ellos fueron, y vieron en donde moraba y se quedaron con El, aquel día. (2)

Esta era la vez primera que San Andrés veía a Jesucristo y preciso es reconocer la belleza y gran candor de su alma, para que a este feliz encuentro, haya podido reunir el primer rasgo de su viva fe y la expresión de los bellísimos sentimientos que dominaban su corazón.

El angélico doctor Santo Tomás dice que el evangelista expresa el nombre de S. Andrés para manifestar su gran prerrogativa en haber sido el primero que abrió su corazón a la fe y que predicó a Jesucristo y que así como S. Esteban fué el primer mártir después de Jesús, S. Andrés fué el primer cristiano.

Habiendo permanecido con Jesucristo el resto de

(1) Joan, cap. 1.^o

(2) D. Thom. Coment. in Joan cap. 1.^o lect. 15

aquel día y toda la noche siguiente, como sientan varios expositores de la S. Escritura (1) ¿quién será capaz de comprender las luces celestiales, que ilustrarían su entendimiento, y las gracias que inundarían el alma de S. Andrés? El P. San Agustín al tratar este punto, exclama: ¿quién puede decirnos todo lo que aprendió de Jesús, y los secretos que le descubrió el divino Maestro, en aquel día feliz, en aquella noche dichosa! Por eso S. Andrés, tuvo la dicha de haber sido, no solo su primer discípulo sino también su primer apóstol.

II

Hay almas escogidas, criadas al parecer para el apostolado, que enchidas de amor y de entusiasmo, difunden por doquiera los sentimientos que rebosa su corazón y de este temple salió la de San Andrés, después de aquella entrevista con Jesús. Tal debió ser el convencimiento de que Jesús era el verdadero Mesías, que luego que se separó de El, voló a su casa en busca de su hermano para contarle lo que le había pasado, y no contento con eso quiso que Simón le conociese y por eso lo llevó consigo al divino Maestro quien al verle, le dijo: «Tu eres Simón hijo de Jonás, tu serás llamado Cefas que quiere decir Pedro (2) • Piedra». El primer fruto del apostolado de S. Andrés, fué su hermano y en cierto modo a él somos deudores de haber tenido a S. Pedro como Vicario de la Iglesia universal!

San Andrés desde que se uniera al Bautista como discípulo suyo renunciara ya a las añejas preocupaciones que de tiempo atrás venían alimentando los hijos de Israel acerca del Mesías; más desde el momento en que se constituyó discípulo de Jesucristo

(1) Corn. Alapide in Joan, cap. 1.º

(2) Joan capí. 1.º v. 42

se dedicó a desterrarla entre sus convecinos y tomó a su cargo anunciarles a Jesús, y uniendo el ministerio de precursor con el de apóstol, se esforzó en hacerles comprender los luminosos caracteres que le designaban como el Mesías prometido por Dios a sus padres para rescatar al hombre. Ya no volvió mas a S. Juan sinó que se consagró a predicar a Jesús por aquellas comarcas. Así lo dan a entender varios Padres de la Iglesia, como S. Juan Crisóstomo (1)

Estando cierto día nuestro Santo con San Pedro lanzando las redes al mar, pasó junto a ellos nuestro divino Salvador, los llamó al apostolado diciéndoles que dejasen las redes; pues El los haría pescadores de hombres, y en el mismo momento que oyeron estas palabras lo abandonaron todo para seguirle.

El primer milagro que obró Jesús tuvo lugar con motivo de unas bodas que se celebraban en Canaá, ciudad situada en los confines de Galilea, S. Andrés se halló presente a este suceso. He aquí como nos lo refiere el evangelista S. Juan. Tres días después (es decir, de la vocacion de Andrés, Pedro, Felipe y Natanael) se celebraran unas bodas en Canaá de Galilea y la Madre de Jesús estaba en ellas. Fue también convidado Jesús y sus discípulos

Durante la comida faltó el vino y la Virgen le dijo: No tienen vino, y Jesús le contestó: ¿Mujer, que nos va a ti y a mi? Aun no es llegada mi hora. Entonces dijo su Madre a los que servían: Haced lo que El os diga. Y había allí seis hidrias o tinajas de piedra para las purificaciones de judios, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Díjoles Jesús: llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta arriba. Después les dijo: sacad ahora y llevad al Maestresala y éste habiendo probado como no sabía de donde

(1) Apud. Corn. Alapide in Joan. cap. 1º.

había venido aquel vino riquísimo, llamó al esposo y le dijo: «Todo hombre pone al principio el vino mejor y cuando los convidados han bebido a satisfacción, saca el más flojo; más tu al contrario, has reservado el buen vino para lo último». Este fué el primer milagro en que manifestó nuestro Salvador su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.

San Andrés, que fué uno de los testigos presenciales de este milagro, se afianzó más en él la fe y creencia de que Jesús era el verdadero Mesías redentor del linaje humano y a la par que verdadero hombre era verdadero Dios quedando estas palabras más radicadas en su corazón bondadoso.

Nada extraño es que nuestro Santo haya sido carísimo de la Virgen—como dice la V. Agreda—y que nos haya dejado después un testimonio irrefutable, de lo que él y los demás apóstoles creyeron y enseñaron acerca del dogma de su pureza original. Conviene notar de paso con algunos Santos Padres, que el primer milagro que hizo Jesucristo, fue por intercesión de María, para que por aquí entendieramos que así como el Eterno Padre quiso que por María tuviésemos a Jesús en quien nos dió todas las cosas, nos vinieran también de Él por intercesión de su Madre Santísima todas las gracias.

No bien nuestro amantísimo Redentor escogió a sus doce Apóstoles para así enseñarles el camino por donde habían de conducir al género humano para su salvación, resolvió después de prepararlos convenientemente, enviarlos a predicar delante de Él.

Los Apóstoles habían dado al Salvador repetidos testimonios de ser los más celosos entre sus discípulos y por eso no sólo les elige para formar esa bellísima sociedad naciente, que había de crecer cada día más y que permanecería unida a Él como el sarmiento al

tronco, sinó que les hace participantes de su augusto ministerio anunciando la palabra divina y administrando los Sacramentos, canales visibles de las virtudes divinas, cuya fuente invisible era El, y les añade el poder—sobre los espíritus inmundos para lanzarlos y pasar toda la dolencia y enfermedad (1)— Poder extraordinario que recibieron como señal cierta indubitable de su misión apostólica.

Como pruebas evidentes de la fe de San Andrés, de su amor al prójimo y de su amor a Jesús correspondido por parte del divino Maestro con su predilección, no necesitamos más que recordar aquellos pasajes de la Sagrada Escritura en que se nos refiere la multiplicación milagrosa de los panes y de los peces, la presentación de los gentiles al Redentor, y la profecía de la destrucción de Jerusalén. Empezando por el milagro de la multiplicación, encontramos que habiendo seguido a Nuestro Señor Jesucristo una multitud de cinco mil, sin contar mujeres y niños y hallándose desfallecidos por el cansancio y el hambre, la que no sentían sus almas, por estar alimentadas del riquísimo manjar de las sublimes enseñanzas que brotaban de los labios divinos; viendo los apóstoles que se venía la noche, dijeron al divino Maestro que era mejor que despachase aquella gente a fin de que buscase posada y reparase sus fuerzas en las granjas y villas, pues en aquel sitio despoblado no podía proporcionárseles alimento. Lleno de compasión hacia aquella multitud nuestro Divino Salvador se dirigió a sus apóstoles preguntándoles donde hallarían provisiones por no dejarlos marchar así; Dios nuestro Señor bien sabía como había de alimentarlos y saciar su hambre, pero como dicen muy bien a este propósito varios Padres de la Iglesia —el Señor que fortale-

(1) Math. cap. 10.

cer la fe lánguida de sus amados discípulos robusteciéndola— y por eso no debe admirarnos la contestación que dieron a Jesús: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco. San Andrés, al oír esto, se acercó al divino Maestro y le dijo: Señor hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces.

Entre la respuesta anterior y lo dicho por S. Andrés nota Santo Tomás de Aquino una diferencia muy marcada. La primera procede de una fe todavía flaca y un conocimiento obscuro que no descubre en Jesús el poder de alimentar aquella multitud sin doscientos denarios; la de S. Andrés es hija de una fe más viva, de una idea más clara de la divinidad del Salvador y de su infinito poder, por eso sus palabras son una insinuación que hace a Jesucristo a fin de que obrara otro milagro semejante al de las bodas de Canaá, para dar de comer a tanta gente

Habiendo acompañado nuestro Santo en muchas de las excursiones que hacía incesantemente el divino Maestro por las ciudades y pueblos de la Judea, para anunciar el reino de Dios le había visto tan lleno de gracia en sus obras, y de verdad en sus palabras, que, sin necesitar de una vara como Moisés para mandar la naturaleza, ni de agltarse como Elías para resucitar los muertos, con sólo mandar, despertan los que duermen en el polvo de los sepulcros; al oír su voz, los ciegos ven, los sordos oyen y los paralíticos andan y hasta sin hablar sale de Él una virtud que cura dolencias incurables.

La persuasión de que era verdadero Dios, nuestro amado Jesús, era la que hacía esperar a San Andrés un milagro en aquella ocasión para alimentar aquella multitud desfallecida. El Salvador apenas oyó lo que San Andres le dijo, mandó a los discípulos que

hiciesen sentar aquella gente y tomando en sus manos divinas aquellos cinco panes y dos peces los bendijo y mandó repartirlos a todos los que allí estaban y después de satisfechos, al recoger las sobras llenaron doce canastos.

La entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, excita a unos gentiles el deseo de verle. Tal vez porque fuesen conocidos se acercaron a San Felipe y le rogaron que los presentase al Salvador pues deseaban con vivas ansias hablarle. Más este discípulo recordando, como sienta Cornelio Alapide, que Jesús les había mandado que no fueran por entonces a camino de gentiles, ni entraran en las ciudades de los Samaritanos, no se atrevió a presentarlos y lo propuso y deliberó con S. Andrés por ser este (dice el citado autor) de mas autoridad e influencia para con el divino Maestro. Nuestro Santo apenas conoció el deseo de aquellas gentes, que aunque gentiles, adoraban al verdadero Dios, los presentó al Salvador en compañía de S. Felipe.

Este hecho prueba dos cosas, el valimiento que tenía S. Andrés para con Jesús y la ternura y generosidad de su corazón, cuando con tanta solicitud procuró satisfacer la piadosa demanda de aquellos extranjeros. ¿De cuánta mayor diligencia no usará ahora desde el cielo en favor de sus devotos?

En la tarde de ese día en que sucedió este hecho que fué el martes que precedía a su pasión saliendo el divino Maestro del templo a donde no volvería más a predicar, acercándose a El sus amados discípulos que venían admirando la majestad y belleza de aquel edificio, le dijo uno de ellos: Maestro, mira que piedras y que fábrica (1) y Jesus volviéndose a él le contestó: ¿Véis todo esto? En verdad os digo que no

(1) Joan cap. 12

quedará piedra sobre piedra que no sea derribada (1). Profecía que se cumplió 40 años después en el Imperio de Vespasiano.

Jesús se retiró al monte Olivete y sentándose de cara al templo, S. Andrés le preguntó: Dinos ¿cuándo serán estas cosas? ¿y qué señales habrá cuando todas ellas comiencen a cumplirse? (2) En esta pregunta cualquiera puede comprender la privanza, familiaridad y alto favor que Jesucristo dispensaba a nuestro Santo. ¿Cómo pues siendo tan amado del Salvador acá en la tierra, dándole tantas pruebas de predilección, no ha de ser también escuchado en sus súplicas por sus devotos en la mansión de la gloria? Debemos pues animarnos a ser devotos de S. Andrés si no lo fuimos hasta aquí y cada vez acrecentar más esta devoción, pues el Señor de las misericordias no le negará cosa alguna y alcanzaremos por su poderosa intercesión todo aquello que convenga a nuestra eterna salvación.

I I I

En el libro de los Hechos Apostólicos se nos dice que S. Andrés se hallaba con los demás Apóstoles en la casa de María, madre de Juan, muy próxima al templo (según se cree generalmente que ésta fué la casa en donde fijaron su residencia durante los diez días que precedieron a la venida del Espíritu Santo) en compañía de la Virgen Santísima y de otras devotas mujeres perseverando en fervorosa oración. Luego que bajó el Divino Espíritu sobre ellos en forma de lenguas de fuego, al instante se convirtieron de modestos pescadores en los más sabios y elocuentes oradores y saliendo al punto por las calles y plazas de Jerusalén predicaron a las diversas gentes

(1) Math. cap. 24, v. 2.

(2) Maro. cap. 22, v. 4.

comprendiendo cada una en su respectivo idioma. Los Partos, los Medos y Elamitas; los de la Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto y Asia proconsular, los de la Frigia, Panfilia, Egipto y Libia; los Cretenses, Arabes y Romanos, todos les oyen, cada uno en su lengua, las grandezas de Dios.

Habiendo predicado S. Andrés, por espacio de algún tiempo en la provincia de la Judea, corre cual ave en raudó vuelo todas las de la Tracia y el Epiro venciendo los trabajos insuperables del ministerio apostólico con aquella generosidad que correspondía a un apóstol que había recibido el divino don de las primicias de la vocación celestial. Visitó la Escitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia hasta los confines del mar Negro y por todas partes por donde sembraba la doctrina evangélica, la confirmaba con muchos milagros, de tal manera que los gentiles al presenciarnos, unos se hacían sus adeptos y discípulos, otros se ofrecían a derribar los simulacros que antes adoraban y otros pregonaban a alta voz, la verdad de la religión que predicaba el Apóstol de Jesucristo. No quiero omitir que S. Andrés haciendo uso muchas veces de aquel poder extraordinario, que nuestro amantísimo Redentor le había comunicado como señal cierta de su misión apostólica y de que estaba siempre con él, resucitaba a los muertos, daba vista a los ciegos, curaba toda clase de enfermedades; se hacía obedecer de los espíritus infernales cual si los tuviera atados con fuertes cadenas y los elementos se sometían a su voz como si fuese el autor mismo de su ser.

A vista de tantos prodigios los gentiles le creyeron una divinidad bajada del cielo, pero nuestro Santo tomando ocasión de estos mismos milagros les hacía comprender en nombre y por virtud de quién lo

hacia y les predicaba cada vez con más ardor a Jesús crucificado.

Las ansias de San Andrés eran recorrer el mundo entero, por eso no se daba punto de reposo y no bien conquistaba para Dios una ciudad pasaba a otra, por eso penetró hasta la misma Albania, dilatando en todas partes el imperio de Jesucristo y destruyendo en todas el del príncipe de las tinieblas.

Cuenta la piadosa tradición, que llegada la hora del glorioso tránsito de la Madre de Dios, los ángeles le llevaron a Jerusalén para oír las últimas palabras y tributar los debidos honores a la Virgen Inmaculada; y otra tradición menos conocida, refiere que la Reina de los ángeles le anunció la clase de muerte que le esperaba. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que habiendo nuestro Apóstol recorrido todos aquellos países y vuelto a Acaya, para visitar de nuevo las iglesias fundadas, hallándose en la ciudad de Patrás predicando las verdades evangélicas, noticioso de lo que pasaba, Egeas procónsul de toda aquella provincia, partió con diligencia a aquella ciudad para atajar los progresos de la fé y mantener el culto de sus falsos dioses. Inflamado S. Andrés en apostólico celo, pasó inmediatamente a verse con el procónsul y le habló de esta manera: «Razón sería ¡oh Egeas! que pues tienes poder para juzgar a otros hombres reconocieses el Juez que te ha de juzgar a ti y a todos; que reconociéndole, tributases a su soberana grandeza el respeto que se le debe; y que rindiéndole el culto de suprema adoración, en lugar del sacrílego incienso que ofreces a esas mentidas deidades, las tratases con soberano desprecio».

Apenas oyó el procónsul semejante discurso se quedó atónito y repuesto de su primera impresión le preguntó: «¿Conque tú eres aquél Andrés que hace

profesión de destruir los templos de nuestros dioses y de predicar una nueva religión proscrita por las leyes del imperio?

«Esas leyes—replicó S. Andrés—las promulgaron unos príncipes que no conocieron el gran misterio de nuestra Redención; pero el Hijo de Dios desarraigó las potestades del infierno, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud, para restituírnos a una gloriosa libertad».

Con todo—repuso Egeas—ese que tu llamas Hijo de Dios no pudo impedir que los judíos le prendiesen y le hiciesen expirar ignominiosamente en una cruz.

«Es cierto—contestó nuestro Apóstol—que en una cruz expiró. Pero ¿dónde hay cosa más gloriosa y más deseable que la cruz? En ella murió por nuestro amor y por redimir de la culpa a todo el género humano».

Poco importa—dijo el procónsul—que hubiese sido crucificado por su voluntad o contra ella, basta que lo hubiese sido para que no merezca ser adorado, ¡Buena traza de reconocer por Dios a un hombre que murió en un madero!

Entonces explicó San Andrés al procónsul con aquella firmeza y razones de gran peso los principales misterios de nuestra sacrosanta religión, la necesidad que tenía de ser redimido el género humano después de la prevaricación de nuestros primeros padres en el Edén terrenal; el prodigio de la Encarnación del Verbo en las entrañas purísimas de María, que se hizo hombre sin dejar de ser Dios; y la pasión de este Dios hombre para satisfacer por nuestras numerosas culpas. Como Egeas no acertaba a comprender cosa alguna de aquellas sagradas verdades, porque su entendimiento estaba ciego por las falsas doctrinas que había aprendido acerca de las falsas dei-

dades que adoraba, dijo el apóstol de Jesucristo que dejándose de palabras vanas que a nada conducían por ser más antiguo el culto de los dioses que él adoraba, tratase de prestar adoración a los ídolos y quemase incienso ante sus altares para aplacar de este modo la ira que tenían, por sus doctrinas sembradas. Revestido entonces S. Andrés de la fortaleza que le daba el Sacerdocio hizo aquella grande confesión de fe que llenó de honor al cristianismo y es tan decisiva para probar la verdad del Sacramento augusto de nuestros altares.

«Yo—dijo—todos los días ofrezco a Dios Todopoderoso no ya la carne de toros ni la sangre de castrotes, sinó el Cordero sin mancha que quita los pecados del mundo y que sobre la cumbre del Calvario se ofreció a su víctima de expiación por todos los hombres. Después que todo el pueblo se sustenta con su carne y con su sangre, Él queda tan entero como antes, tan vivo permanece el cordero después de sacrificado como lo estaba antes del Sacrificio.

Egeas se irrita cada vez más al ver la intrepidez de S. Andrés y escuchar sus arrebatadoras palabras dichas con una elocuencia sublime y deseando tomar tiempo para deliberar que debe hacer con él, manda sea encerrado en una oscura mazmorra. Al día siguiente le hizo comparecer ante su tribunal y aparentando interesarse por su vida con sagacidad trató de halagarle: Creído tengo, Andrés, que habrás vuelto en tí y estarás resuelto a dejar la locura que te dominó hasta ahora. No hay bien más grande que la vida, que deseo conservarte; no hay mal más terrible que una muerte horrorosa a que habré de condenarte sin remisión si al momento no dejas tus vanas creencias.

«El que no cree en Jesucristo—contesta el Santo—

no puede tener contento ni vida; la verdadera vida está en creer y adorar al único y verdadero Dios y guardar sus mandamientos como he predicado siempre en ésta y otras provincias por donde anduve.

Por lo mismo—dijo el procónsul—quiero obligarte a que quemes incienso ante los dioses para que todas esas gentes a quienes engañaste con tus vanas doctrinas, vuelvan a sus antiguas creencias, porque veo que no hay ciudad en la Acaya en que sus templos no estén desiertos. Tú los engañaste, preciso es que tú seas el que los desengañes. Si no lo haces así, disponte a sufrir los mayores tormentos y después una muerte, la más cruel.

Viendo el santo la obstinación en que se hallaba y perdida toda esperanza de ganarle para Dios, le replica con santa indignación: «Hijo de la inerte y leño seco aparejado para el fuego, óyeme: yo hasta ahora te hablé con blandura y me esforcé en hacerte comprender la vanidad de tus dioses, que no son otra cosa que una porción de materia momificada por las manos de los hombres; pero veo que te empeñas en cerrar tu corazón a la verdad y tu razón a la luz y que tu pertinacia toca ya a su colmo y te aseguro que pronto vendrán sobre ti las venganzas del cielo. Por lo que hace a mí no temo tus amenazas, ni me amedrentan tus tormentos, antes bien los deseo con ardor y puedes aplicarme desde luego aquel que entre todos te parezca el más cruel. Ten entendido que cuanto más padeciera acá en la tierra, más agradeceré a mi Dios y más preciosa será la corona que se me prepare en el cielo.»

Al oír este razonamiento Egeas no pudo contener la rabia que devoraba su endurecido corazón y lanzando gritos furibundos como un desesperado mandó reunir a los verdugos y escogiéndole entre éstos los más

vigorrosos en número de 21, les da orden de que al momento azotasen a nuestro santo con todas sus fuerzas aunque muriese en aquel feroz tormento. Los verdugos obedientes a tal mandato rodean a San Andrés cual lobos hambrientos, le desnudan y descargan sobre él tan terribles golpes que a los pocos momentos no se ven más, que heridas de las que brota sangre en abundancia; cánsanse los primeros y son reemplazados por otros y así continuaron descargando golpes hasta remudarse unos y otros por tercera vez y sin embargo durante tan prolongado tormento el Apóstol de Jesucristo no exhala una sola queja. ¡Oh gracia divina, solo tu eres capaz de sostener con tal constancia en tan terribles martirios! ¡Oh, amor divino, tú eres el que das fuerza al hombre y principalmente a los confesores de la fe, en medio de los tormentos!

Al saber el procónsul que sobreviviera el Santo a tan terrible prueba mandó que fuera conducido a la cárcel. Egeas le hace comparecer después ante su tribunal y volviéndose a él con fingida compasión le dice: óyeme, Andrés, desiste te ruego de tu vana pertinacia; sacrifica a los dioses y te dejo en libertad. Si así no lo haces voy a mandar que mueras en una cruz.

San Andrés con más constancia (si así puede decirse) que antes, fortificado en medio del tormento que había sufrido, le contesta: Si yo temiera el suplicio de la cruz, no predicaría sus glorias; ningún objeto puede ofrecerse más suave a mis ojos ni más grato a mi corazón que la cruz. Antes que el Redentor muriera en sus brazos era un suplicio horroroso, una señal de ignominia y su vista espantaba a los hombres; más desde entonces se convirtió en un trono de gloria, una señal de triunfo y un objeto de esperanza

y de consuelos. Ella es el precioso antídoto de aquel leño funesto, cuyos venenosos y amargos frutos desnudaron a nuestros primeros padres de la estola candídísima de la inocencia. En ella ha quedado vencido el infierno, clavado el aguijón terrible de la muerte, que dominaba sobre todos los descendientes de Adán y desde ella atrajo y llamó a sí todas las cosas el divino Salvador de los hombres. Así que ninguna cosa puedes comunicarme tan agradable que el suplicio de la cruz ¡Oh! ¡tenga yo la dicha de morir en ella a imitación de mi divino Maestro! No dilates por más tiempo la ejecución de tal proyecto. Mis tormentos podrán ser de uno o dos días, pero los tuyos ¡¡infeliz!! los tuyos serán eternos si no te conviertes y crees en Jesucristo».

¡Qué hermosa confesión! ¡qué heroicidad! El solo recordarla encanta, acrecienta la fe y da nuevos alientos para seguir amando a nuestro Dios.

Que alma más grande la de S. Andrés, pues está caldeada en la fragua del amor divino, se aparece a aquellas rocas seculares puestas en medio del Océano, que las embravecidas olas en sus continuos choques no logran hacerlas perder su firmeza.

¡Qué amor a nuestro divino Redentor! ¿cómo no ha de ser recompensado tan grande amor? ¿cómo ha de negarle el Señor favor que pida para nosotros?

El despecho de Ezeas llegó a su colmo al oír el último discurso de San Andrés y llegó también a convencerse de que era imposible lograr que sacrificase a los dioses y por eso determinó que muriese en una cruz considerando este suplicio el más horrible.

Apenas oyó la sentencia de que era condenado a morir muerto de cruz, una alegría inexplicable inundó su alma. Al momento que se hizo pública esta sentencia, una multitud de gentes rodea a tan valeroso

Apóstol, y claman a voz en grito contra ello diciendo: ¿que mal ha hecho este hombre tan justo y tan amigo de Dios, para que se le crucifique? Esta agitación crece por momentos amenazando dejar sin efecto la sentencia del procónsul. Apenas se entera San Andrés de que éste vacilaba, viendo que se le escapaba su mayor dicha, levanta su voz en medio de la muchedumbre que le rodea y suplica, raega e insta que no le priven de aquella dicha que formaba el objeto de sus ardientes votos.

Marcha con paso firme al lugar del suplicio y al ver a lo lejos el instrumento del martirio, su corazón rebosa de júbilo y prorrumpe en estos dulces afectos «¡Salve venerable santa cruz, que con el cuerpo de mi Señor Jesucristo fuiste consagrada y de sus miembros como de preciosas margaritas adornada y sumamente embellecida! Antes que muriese en tus brazos Jesucristo espantabas a los hombres, nada había en ti que no fuese terrible, marcada estabas, con el sello de la ignominia y todo el que en ti era enclavado llevaba consigo el anatema y la maldición; más ahora estás llena de delicias inefables y la mayor gloria del hombre es merecer morir en tus brazos ¡Oh cruz amable! Siempre fui amante tuyo, siempre deseé abrazarte estrechamente ¡Oh buena cruz! A tí vengo rebotando alegría y lleno de confianza, ruégote que gustosamente me recibas como discípulo de aquel que pendiente de tí redimió al mundo ¡Oh cruz por quién tanto suspiré! ¡Oh cruz que con tanto amor apetece! ¡Oh cruz a quien busqué con tan vivas ansias! Ahora que te he hallado, recíbeme con tus brazos y sacándome de entre los hombres, preséntame a mi Maestro, para que por tí me reciba, el que por tí me redimió».

Al hablar el melífico San Bernardo de esta in-

vocación a la Cruz, exclama lleno de entusiasmo:

¿Es por ventura algún hombre el que habla de esta manera o más bien es algún ángel o alguna nueva criatura? ¿Quién jamás ha visto, que un hombre mortal, mire con tal serenidad, su mismo patíbulo y en él, el rostro horrendo de la muerte y que sin embargo diga con verdad: siempre fui amante tuyo y deseo abrazarte estrechamente ¡oh buena cruz! El semblante de S. Andrés no se inmutó al ver la cruz ni se heló la sangre en sus venas, ni se erizaron sus cabellos, ni se alteró su voz, ni tembló su cuerpo, ni perdió la razón, ni se turbó su alma como sucede a los demás hombres en tal situación; el fuego de la caridad que ardía en su pecho y echaba llamas por la boca, era el que producía este efecto ¿Cuánta debió ser la dulzura, que sintió en su corazón al ver la cruz, pues endulzó la amargura de la misma muerte? S. Andrés era hombre semejante a nosotros, pasible como nosotros, pero era tal la sed que tenía de la cruz, que su vista inundó su alma de una alegría extraordinaria, y por eso como fuera de sí, prorrumpió en aquellas palabras tan dulces y tan amorosas. Su lengua no parecía lengua de carne, sino de fuego que arrojaba llamas; y sus palabras carbones encendidos en aquel fuego divino que Jesucristo había encendido en su corazón (1). Hasta aquí S. Bernardo, y el Crisólogo dice hablando del mismo asunto: el amor cuando llega a ser perfecto, nada tiene por duro, nada por amargo, nada le parece grave y molesto; pues en sus manifestaciones desafía las espadas, las heridas, las penas; y al que la muerte misma con todo su horror y crueldad es incapaz de vencer. (2) ¿Qué más pruebas necesitamos en confirmación de lo

1 Sermón 1.º 2.º y 3.º de San Andrés.

2 Sermón 70 de bon Past,

que dicen S. Bernardo y el Crisólogo que ver a nuestro Santo a la vista de la cruz y escuchar sus palabras?

Pero sigamos al Santo en el camino de su suplicio para contemplar con el recuerdo un portento de heroísmo sin igual.

Al llegar nuestro valeroso Apóstol al lugar donde estaba colocada la cruz, él mismo se despojó de sus vestidos y los repartió a sus verdugos, quienes según orden que tenían de Egeas, no le enclavaron y solo le ataron fuertemente, a fin de hacer más prolongado su martirio para que su muerte fuera más lenta y más cruel.

En derredor de la cruz estaban como unas 21.000 personas y entonces S. Andrés convirtió en cátedra la cruz, para enseñar con arrebatadora elocuencia las verdades eternas a los gentiles y confortar en su fe a los nuevos cristianos. Muchos paganos se convirtieron al oír tan hermosas explicaciones de nuestro Santo que brotaban de sus labios como de un volcán de lava.

Dos días permaneció pendiente de la cruz sufriendo lo indecible por lo violento de la posición, pero no por eso pierde su constancia, sinó que a medida que pasaban las horas parece que mayores fuerzas recobraba.

Usando de la caridad cristiana que ardía en su bondadoso corazón eleva al cielo fervidas plegarias, pidiendo al Señor gracias abundantísimas para los nuevos cristianos y perdón para sus verdugos y para el mismo procónsul. El pueblo conmovido a vista de tan desgarrador espectáculo clama contra la crueldad de Egeas diciendo a voz en grito: «No, no hay razón para que muera un hombre tan santo, tan piadoso, tan modesto, de tan buenas costumbres y que

enseña una doctrina tan admirable». Tal fué el clamoreo, que Egeas temió una alteración del orden público y mandó en vista de esto que bajasen al Santo de la cruz, y cuando los ejecutores de tal orden se disponían a cumplirla, notándolo nuestro Santo alzó los ojos al cielo y en fervorosa oración suplicó al Altísimo que no le privase de la dicha de imitar a su amado Maestro de morir en la cruz, exclamando en voz alta: «¡Oh, Señor y Redentor mío Jesucristo! yo te suplico encarecidamente, que no permitas que este siervo tuyo y discípulo amado, que por tu amor está colgado en la cruz, sea quitado de ella, hasta que haya terminado su vida mortal. No consientas que el que ha conocido por la cruz tu grandeza, sea defraudado en su esperanza, por los deseos de un hombre corruptible y miserable como Egeas; antes bien, tú, ¡oh Señor y Maestro mío! a quién he conocido y amado tanto y al presente confieso y deseo ver, y por quien soy todo lo que soy, recibe mi espíritu en paz, pues tiempo es que vaya a tí, y goce de tu inefable vista en el cielo, como tanto ha que lo deseo».

Esta oración fué escuchada del Señor, pues por más esfuerzos que hicieron los verdugos para tocar al cuerpo del Santo no les fué posible, y cada vez que lo intentaban se entumecían sus brazos. Al momento bajó del cielo una nube más brillante que el Sol y rodeando el cuerpo de S. Andrés le ocultó a la vista de los circunstantes por no poder sufrir éstos tanta claridad, y pasada media hora de esta aparición voló al cielo su alma embriagada de amor divino, coronada de gloria y con la palma del triunfo.

Acaeció el tránsito feliz de tan esclarecido Santo según el cómputo más probable, el 30 de noviembre del año 63, bajo el imperio de Nerón. En el monasterio de S. Victor de Marsella se venera la cruz en que

murió S. Andres y tiene la misma figura que la de nuestro amantísimo Redentor, según lo afirma Natal Alejandro y otros muchos historiadores.

I V

El cadáver de un hombre ilustre, dice el inmortal Balmes, ha sido considerado siempre como un tesoro de mucho valor, digno de que se lo dispensasen los pueblos y tuviesen a dicha y orgullo, la fortuna de poseerlo. Esta veneración se ha extendido a todo cuando le pertenecía. Su habitación es conservada cuidadosamente y libertada de la injuria de los tiempos, para que puedan visitarla las generaciones venideras, su traje, sus utensilios, sus muebles mas insignificantes, se enseñan como una preciosidad y tienen una estimación superior a todo precio (1).

Dice también a este propósito Augusto Nicolas: «Los antiguos embalsamaban los cuerpos de los muertos; el catolicismo embalsama su memoria e impide que se corrompa y desvanezca, rodeándola de sus conmemoraciones, de sus oraciones y de sus eternas esperanzas» (2).

Por eso no debe causarnos admiración, que los cristianos apenas desapareció la nube y se convencieron que el alma de S. Andrés había volado a las regiones de la gloria, tratasen de bajar de la cruz su Santo cuerpo, pero se hallaban perplejos temiendo a las iras de Egeas, a que indignado les arrebatase tan inestimable tesoro. Mas Dios siempre proporciona medio en su divina providencia en los aprietos de la vida, así también lo proporcionó en esta situación de ansias y perplejidades. Maximila, señora muy rica y piadosa se presentó en el lugar dónde estaba el cuerpo de tan benemérito Santo, acompañada de sus

(1) Balmes, «Cartas a un ex céptico», Página 336.

(2) Estudios filosóficos sobre el cristianismo, tomo 3º, página 225.

criados a quienes dió orden de bajarle de la cruz y esto vino a satisfacer las ansias de aquellos cristianos que estabaa esperando la noche para poder hacerlo.

Recogido el santo cuerpo, lo ungió Maximila con preciosas aromas depositándolo en un sepulcro nuevo

Egeas noticioso de todo esto disimuló por entonces su indignación contra Maximila por temor a un conflicto, pues esta Señora gozaba de gran estimación en la ciudad y en sus alrededores y reservó tomar venganza para mejor ocasión.

Al momento empezaron los fieles a visitar el sepulcro de S. Andrés, tributándole honores, cantando salmos y celebrando los divinos misterios sobre tan rico tesoro y el Señor en recompensa empezó a conceder grandes favores a los que le pedían por mediación de nuestro Santo. San Gregorio Turonense en su libro de las glorias del martirologio afirma, que todos los años el día de aniversario de su martirio, manaba de su sepulcro una especie de bálsamo suavísimo y de una fragancia maravillosa, y que los enfermos que se ungían con él o bebían algunas gotas en agua sanaban instantáneamente.

Egeas no podía sufrir el entusiasmo y veneración que los cristianos tributaban al Santo cuerpo, y sabedor de los milagros que se obraban por intercesión de San Andrés, trató de perder a Maximila para así satisfacer su deseo de venganza que sentía su pérfido y endurecido corazón. Para quedar a cubierto de toda sospecha, remitió al Emperador una denuncia contra ella, y éste inmediatamente mandó que se abriese una información testificada, para que si resultaba culpable fuese castigada severamente.

Queriendo S. Andrés manifestar desde el cielo su protección a Maximila, quiso librarla de las vengan-

zas de Egeas, de tal manera, que cuando éste, lleno de infernal alegría se hubo sentado en su trono, que con marcada intención había hecho colocar en el sitio más céntrico para que pudiesen oír todos las declaraciones en contra de ella. Hallándose presente un numeroso concurso, el demonio se apoderó de él y derribándole en tierra le atormentaba con dolores insufribles y horribles convulsiones y dando gritos y voces espantosas, que causaron terror a los que presenciaban tan terrible cuadro, expiró, desesperado en medio de tan atroces tormentos, llevando su alma negra el demonio a las profundidades del infierno. La muerte horrorosa de tan malvado Procónsul ocasionó la conversión de muchos gentiles y salvó a Maximila del peligro que le amenazaba.

Según varios historiadores, en tiempo del emperador Constantino fue trasladado el cuerpo del glorioso S. Andrés a Constantinopla, y S. Gerónimo dice que al verificarse esta traslación los demonios daban espantosos bramidos ante aquellas preciosas reliquias; testificando, bien a su pesar, el poder de nuestro Santo contra ellos.

Quiso Dios nuestro Señor en sus altos designios, que tan esclarecido Apóstol no solo fuese honrado en Constantinopla sinó también en otros varios lugares de la tierra; por eso permitió que el Papa Gregorio trajese un brazo del Santo que le regaló Tiberio, y por los años 592, que fué el de su pontificado, elevó una iglesia en Roma en honor de nuestro Santo en donde se venera hoy día tan preciosa reliquia.

El cuerpo de S. Andrés no había de quedar en Constantinopla porque sobre la elevada cúpula de Santa Sofía había de ser colocada muy luego la media luna, como símbolo de la degradación del hombre; y por eso Dios nuestro Señor que vela siempre

por su iglesia, movió al Cardenal Pedro Capúa a traer consigo el cuerpo de tan esclarecido Santo y lo cedió a la ciudad de Amalfi, siendo encerrado en una preciosa urna en la nueva catedral el 8 de mayo de 1208, concediendo muchísimos favores a todos los que imploraban su protección. Tantos fueron éstos y la protección que dispensó a aquella ciudad en más de una ocasión, que fué nombrado, con general aplauso, Titular y Patrono de la ciudad de Amalfi.

La cabeza de S. Andrés había quedado en la Aca-ya, y al venir a visitar al Romano Pontífice, el Príncipe Tomás Paleólogo, hacia mediados del siglo XV, en prueba del agradecimiento que sentía al Papa y cardenales por las distinciones que con él habían tenido, les regaló la referida cabeza siendo depositada en la iglesia de S. Pedro.

En la división de las sagradas reliquias de nuestro Santo permitió el Señor que tocase en suerte a nuestra querida España una parte de aquel inestimable tesoro: En la ciudad de Estella, en Navarra, se venera un crecido hueso de la parte superior dorsal de S. Andrés, llamado facultativamente *Scápula* u *homoplato*, y conocido vulgarmente por la *santa espalda*. El motivo de poseerlo fué que viniendo a visitar el sepulcro de Santiago Apóstol por el año de 1270 un Obispo traía consigo tan rico tesoro; más al llegar a Estella enfermó tan gravemente que murió en el Hospital de S. Nicolás sin que pudiera dar noticia de su persona ni de la santa reliquia que ocultaban sus pobres hábitos, siendo enterrado sin pompa debida a su dignidad, en el claustro de la iglesia de San Pedro.

La noche siguiente a su entierro, advirtió el sacristán una multitud de luces refulgentes sobre la sepultura del extranjero y creyéndolo una ilusión suya

no dijo nada, más al día siguiente notó lo mismo, y entonces puso en conocimiento del Párroco lo que pasaba, quien, en compañía de las demás autoridades del pueblo, vinieron al lugar del suceso y vieron aquellas luces que causaron en todos admiración y determinaron exhumar aquel cádaver. Abierta la fosa y registrado con detención, le hallaron sobre el pecho una cajita de madera con la reliquia y los documentos que acreditaban que era de San Andrés; y el Obispo de Patrás, en la Acaya, fué enterrado de nuevo con la pompa que corresponde a un Príncipe de nuestra Santa Madre Iglesia.

Entre los muchos prodigios con que el Señor quiso testimoniar lo grato que le era el culto que se le tributó desde entonces a nuestro Santo en aquella ciudad merece consignarse el siguiente hecho: El domingo 2 de Agosto de 1626 habíase acordado previa autorización eclesiástica el trasladar la fiesta de S. Andrés para la primera dominica de Agosto a fin de poderla hacer con mayor solemnidad; celebrábase por vez primera aquel año y como si el cielo quisiera manifestar su agrado, apareció sobre la torre de la iglesia una *aspa* como de tres varas de extensión formada de hermosos colores semejantes a los del arco iris, permaneciendo inmóvil por espacio de dos horas y despidiendo copiosos rayos de luz y admirables resplandores. Toda la ciudad de Estella y muchos forasteros que en ella estaban, con motivo de la fiesta, fueron testigos oculares de tan grande maravilla.

Por dicha nuestra, no es este el único santuario que tiene España en honor de S. Andrés y por lo tanto merece mencionarse el de Teixido en Galicia, tan célebre por su antigüedad y la gran concurrencia de romeros que van allí a dar gracias al glorioso Apóstol, por los beneficios obtenidos por su poderosa in-

tersección; por lo tanto trataré de decir algo acerca de Teixido, pues aún cuando quisiera hacer una descripción cual corresponde, no podría por no existir en el archivo de la parroquia de Regoa dato alguno a causa de un fuego que hubo a principios del siglo XVII en la casa prioral, quemándose según tradición todo el archivo.

Según varios respetables anticuarios que han visitado a Teixido dicen que la Capilla presenta señales de remontarse su origen a principios del siglo décimo.

Era antiguamente priorato de Régca y Teixido, perteneciente a la orden de San Juan de Jerusalén, encomienda de Puertomarín y hoy es parroquia de ascenso de 2.^a clase del Obispado de Mondoñedo.

Está situado dicho santuario en el Ayuntamiento de Ceceira de cuya villa dista unas seis kilómetros y pertenece a la provincia de La Coruña. Su Capilla bastante capaz, de un solo brazo, se halla situada en la pendiente de los montes de la Capelada y del Bouzel y muy cerca del mar en el lugar denominado de Teixido; a corta distancia de la Capilla hay una fuente de agua potable, que según dicen tiene su origen debajo del altar mayor y es conocida desde muy antiguo con la denominación de «fonte do Santo».

Por la razón indicada anteriormente no consta de reformas que haya sufrido el santuario antes del año de 1800, más que las que hizo el prior Fray D. Miguel López de la Peña. Consistieron éstas en reedificar desde los cimientos la nave central alargándola cuatro metros, hacer nueva una torre toda de sillería, pues antes solo tenía una espadaña y reedificó también la casa prioral que se vendió con los terrenos del santuario, cuando el Gobierno enajenó los bienes de la Iglesia.

Hay también en Teixido una reliquia del glorioso S. Andrés encerrada en un precioso busto del santo de gran mérito artístico y de gran tradición tercia dos reliquias; antiguamente una de ellas se guardaba en el altar mayor, que es la que existe hoy, y la más pequeña en el altar de la capilla del Cristo, pero ésta ha desaparecido.

Durante el año, sólo se da la bendición con la reliquia de S. Andrés en los días de romería, que para conocimiento de los romeros detallaré más adelante.

Antiguamente se enterraban dentro de la Capilla a los feligreses de la Capelada, Teixedela y Teixido, pues según consta de los libros parroquiales era parroquia única a la de Regoa, aunque sin obligación de decir misa en ella los días santos.

Lejos que este santuario fuese constituido anejo de Regoa, como se dirá más adelante, se construyó nuevo Cementerio independiente y debidamente amurallado en las proximidades del mar y hacia la parte Sur de la Iglesia.

Inicio y llevó a cabo dicha obra el Capellán, don Angel Laz Villar, que administraba el Santuario por el año 1912, con la debida autorización del Sr. Obispo de Mondoñedo y con fondos del mismo santuario, por cuenta de los cuales dotó a la Iglesia de otras cosas necesarias, y falleció en el mismo año.

Todos los altares que antiguamente tenía han sido renovados de otros de estilo churrigueresco; el mayor, dorado a fuego, está dedicado en honor de S. Andrés, tiene los doce Apóstoles y la Santísima Trinidad en escultura, el de la Capilla, que hay en el brazo de la cruz, está dedicado al Santo Cristo de la Agonía; en este altar está reservado el Santísimo Sacramento durante las romerías del año a fin de poder dar la Sagrada Comunión a los romeros fuera de la misa.

Aún se conservan hoy algunos restos, aunque de escasa importancia, del antiguo comulgatorio que había a espaldas de la Iglesia de Teixido, tenía una pequeña capilla con su sagrario. Era tal la concurrencia de romeros que venían al santuario a cumplir la promesa de confesar y comulgar en Teixido que era imposible a los señores Sacerdotes (que en número de catorce, por lo menos se hallaban allí) el oír dentro del santuario las confesiones y tenían necesidad de poner confesionarios en el camino que va a la fuente y en el campo y dar la comunión dentro de la Iglesia y en el comulgatorio al mismo tiempo, pues este era el objeto que tenía.

Dicha Iglesia recibió algunas reformas después de la mencionada, de escasa importancia y por eso hago caso omiso de ellas, mereciendo consignarse las que realizó el año 1903 el Cura Económico D. Pastor Loureiro López, levantando las paredes de la Iglesia a mayor altura, haciendo nueva toda la bóveda y techumbre y cubriéndola toda de losa para ponerla a cubierto de las aguas.

Merecen también esencial mención las verificadas por el actual Capellán D. Manuel Miragaya García que en el año 1917 mandó hacer con planchas de Uralita el cielo raso de la iglesia, y dos hermosos confesionarios de madera de castaño, que llaman la atención a todos los que visitan el Santuario, y fueron contruidos por el competente carpintero D. Manuel Mariña, de San Adrián de Veiga.

El mismo actual administrador hizo importantes reparos y modificaciones en la casa rectoral, adosada a la iglesia, dotándola de mueblaje y demás cosas precisas para vivienda del Capellán, y en el año de 1922 repuso una campana del santuario, sustituyéndola por otra de 32 arrobas, denominada «Rome-

ría de Teixido y fué construida en los talleres de Pedro Dencaise, de Barcelona.

Aun cuando disminuyó en gran manera la romería a S. Andrés de Teixido, desconociéndose las causas que a esto pudieron contribuir, sin embargo puede asegurarse, sin exageración, que durante el año no bajarán de quince mil personas de las cuatro provincias de Galicia y algunas de Asturias y Portugal, las que en romería vienen a este Santuario.

Desde el arreglo parroquial de la Diócesis de Mondoñedo que fué hecho el año 1896 por el Dr. Don Manuel Fernández Castro (q.e.p.d.) Obispo que fué de esta Diócesis, está considerado Teixido como anejo de Régoa y por lo tanto hay misa allí todos los días santos.

Son días de romería durante el año en San Andrés de Teixido o como muchos le llaman *San Andres de lonxe*, los siguientes: El viernes, sábado y domingo de Pentecostés, el 24 de Junio, desde el 16 de Agosto hasta el 9 de Septiembre. Desde el 1º de este mes hay por lo menos tres misas diarias para mayor comodidad de los romeros y el 8 hay una solemne por todos los que hayan dado una limosna en el santuario. Además son también: el tercer viernes, sábado y domingo de Septiembre, el 29 de este mes y desde el 27 hasta el 30 de Noviembre; en este día se celebra la fiesta de S. Andrés con misa solemne. En todos estos días hay generalmente dos misas, dándose la bendición con la reliquia del Santo y bendiciéndose los objetos piadosos que llevan los romeros como recuerdo de Teixido. Además el capellán de este Santuario celebra Misa diaria todo el año.

Yo bien quisiera hacer como corona a esta obra, una narración detallada de los muchos favores que San Andrés ha dispensado en Teixido a sus devotos.

pero tres razones me obligan a no hacerlo; la primera, porque me propuse al describir la vida de nuestro Santo el ser breve para que se leyese con gusto; la segunda, porque son tantos que no llegaría a conocerlos todos por más indagaciones que hiciera, y la tercera, porque quería tener todos los detalles acerca de los narrados a fin de que pudiesen ser sometidos a la crítica mas escrupulosa. Y como son para mi de gran peso las razones indicadas, y muchos de los que leyeron esta obrita habrán experimentado en sí la protección de San Andrés: de aquí que haga caso omiso de aquéllos.

Ya, contra mi propósito, voy haciéndome demasiado extenso en esta desaliñada labor que deseo se aprecie en cuanto al fin que me propuse al hacerla, y por eso terminaré rogando a todos los que la leyeren que sigan invocando en sus oraciones con gran confianza la protección de tan insigne Apóstol que tanto amó al Divino Maestro y que por eso tantos favores se le conceden y verán como en esta vida conseguirán por su mediación todo lo que le pidan, siempre que sea conforme a la voluntad de Dios y conveniente a su eterna salvación.

Bien sabemos que como navegantes por el mar de la vida nos hallamos durante nuestra carrera sobre la tierra, con la devoción a la Reina de los cielos, nuestra queridísima madre, pues está sobre todos y dirigiéndonos como piloto el Apóstol San Andrés, de quien debemos ser devotos, no naufragaremos, sino que lograremos arribar a las playas de la gloria celestial que es lo que deseo para mi y para todos cuantos leyeseis estas páginas.

A. M. G. D.



NOVENA
EN HONOR DEL
APÓSTOL S. ANDRÉS
PATRONO DE TEIXIDO

Rezado el Santo Rosario en honor de la Santísima Virgen, hecha la señal de la cruz y de rodillas delante de alguna imagen del Santo se empezará con el

ACTO DE CONTRICION

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, porque os amo sobre todas las cosas, más que a todas las criaturas; péame Señor de tantas ofensas como tengo dirigido contra vuestra divina Majestad durante los días de mi vida. ¡Oh si nunca os hubiera ofendido! ya no soy digno de llamarme hijo vuestro pero vos os dignáis concederme el que os llame Padre; tanta bondad me alienta para esperar el perdón de todos mis pecados y con la ayuda de vuestra divina gracia espero no volver a pecar, pues estoy resuelto a cumplir este propósito firme y verdadero. Por la poderosa intercesión de vuestro invicto Apóstol San Andrés os pido desde lo íntimo de mi corazón, os dignéis concederme la gracia que suplico en esta novena siempre que sea para mayor honra y gloria vuestra y provecho de mi alma. Amén.

La oración siguiente se dirá también todos los días de la novena, como el acto de contrición.

ORACION PARA TODOS LOS DIAS

¡Oh felicísimo y glorioso San Andrés! Aunque habitáis ya en la celestial Jerusalén, en donde estáis gozando de Dios; y cantáis con una alegría siempre nueva himnos de gloria en compañía de los serafines, no por eso os olvidáis de los que peregrinamos por este valle de lágrimas. Nada bueno podemos hacer sin el poderoso auxilio de la gracia divina; dignaos pues ¡oh glorioso Santel interponer vuestro poderoso valimiento a nuestro favor cerca del Rey de esas celestes mansiones, para que el espíritu santificador venga a nuestras almas, purifique nuestros labios, e inflame nuestros corazones en la llama de su divino amor, a fin de que podamos hacer con gran fruto espiritual vuestra novena y que las súplicas que hagamos durante estos nueve días consagrados a celebrar vuestros triunfos tengan todo el valor y eficacia de la perfecta oración. Presentadlas Vos mismo ante el Trono de Dios para que consigamos la gracia especial que pido en este día si ha de ser conveniente para nuestra eterna salvación.

Ahora pida cada uno las gracias que desee alcanzar por mediación de San Andrés en esta novena.

ORACION PARA EL PRIMER DIA

¡Oh glorioso San Andrés! Los primeros pasos de vuestra vida mortal demuestran bien claramente que estábais predestinado para la mansión de la gloria. Apenas San Juan Bautista predicó penitencia preparando de este modo a las almas, cuando al momento os asociáis a él como discípulo. Vuestra alma se extasio muchas veces al contemplar las grandezas

de la creación en donde veáis representada la bondad y majestad de Dios, y vuestro corazón se abrió a las verdades de la fe, con las que alimentado vuestro espíritu brotaron de él Santos deseos hasta unirse con el Autor de tantas maravillas. ¡Cuán lejos estoy, oh Santo mío, de imitar vuestro ejemplo y seguir ese camino que os llevó hasta la cumbre de la perfección! Mis culpas me han privado de tantos bienes espirituales y ellas han sido las que han causado tantos daños a mi alma. Por eso ¡oh protector mío a Vos recurro en mis tribulaciones y confiado en vuestro valimiento para con Dios y con el amor entrañable con que miráis a vuestros devotos, os ruego humildemente me alcancéis del Señor que haga renacer en mi corazón los ardientes deseos de la virtud, para que dejando para siempre el pecado, os imite en esta vida y logre ir a cantar eternas alabanzas al Señor, a las mansiones de la gloria. Amén.

Ahora se rezarán tres Padrenuestros, Ave María y Gloria, en memoria del amor que tuvo San Andrés a la Cruz

ORACION ULTIMA DE TODOS LOS DIAS

Dios de infinita bondad y misericordia, rendido a vuestras plantas vergo a suplicaros humildemente miréis con ojos compasivos a este pobre pecador que os pide desde lo más íntimo de su alma os dignéis escuchar las súplicas que por mediación del glorioso San Andrés, os dirijo en esta novena que dedico a su honor, y espero que por los méritos infinitos de vuestro Divino Hijo, y los de este glorioso Apóstol me concederéis la perseverancia final. Os pido también por la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, la propagación de la fe por todo el mundo y ya que habéis permitido que los habitantes

de Teixido le hayan exigido por su patrono, hace más de diez siglos, dignáos de un modo especial dispensaros vuestras gracias, y lo mismo a tantos que durante el año le visitan en ese Santuario en cumplimiento de sus promesas y a todos los devotos del Apóstol San Andrés, a fin de que todos logremos el vivir en este valle de miserias santamente y terminada nuestra carrera, el ir a habitar ese Edén celestial. Amén.

Se rezarán tres glorias en honor de la Santísima Trinidad y se terminará con la oración que hayal final, y así se hará todos los días.

DIA SEGUNDO

Rezado el Rosario, hecha la señal de la cruz y rezado el acto de contrición y la oración siguiente, se dirá:

ORACION PARA EL SEGUNDO DIA

¡Oh dichoso Apóstol San Andrés! Vuestra docilidad y constancia en seguir a Jesucristo me admira y llena de confusión; pues al verle por vez primera y oír decir al Precursor: «he ahí el cordero de Dios» no necesitásteis más para seguirle hasta su humilde morada donde, permaneciénd con El todo aquél día, tuvisteis la dicha de ser su primer discípulo y escuchar de sus divinos labios aquellas palabras de vida eterna que eran más dulces que la miel y más codiciadas que las piedras preciosas, las que encendieron vuestro candoroso corazón en llamas tan vivas de amor que jamás pudieron apagarlas contradicciones porque pasásteis durante vuestra permanencia en este destierro. Así como Vos habéis conducido a vuestro hermano Simón para que conociese a Jesús y conociéndole le amase, conducidme a mi también, pues estoy alejado de El por mis pecados, para que alcance

el perdón de todos ellos y la gracia de perseverar en su amor para lograr ver a Dios en la gloria. Amén.

Récense los tres Padrenuestros, y las últimas oraciones, y así todos los días.

ORACION PARA EL DIA TERCERO

¡Oh felicísimo Apóstol S. Andrés! Que dichoso habéis sido desde el momento en que el Divino Salvador os admitió por su discípulo. ¿Quién es capaz de comprender las luces celestiales con que inundó vuestra alma? No bien habían pasado tres días en su divina escuela cuando en premio a vuestro amor quiso que le acompañáseis en las bodas de Canaá, para que fuéseis testigo de aquél primer milagro que a ruego de su Madre Santísima obró al convertir el agua en vino exquisito. ¡Quien tuviera una fe tan grande y un amor tan intenso como el que llenaba vuestro corazón! Pero he aquí ¡glorioso S. Andrés! que me faltan tantas virtudes con que poder agradar a mi Señor; presentad pues ¡oh Santo mío! estas súplicas nacidas del fondo de mi alma, para que me conceda una fe grande, una esperanza constante y una ardiente caridad, a fin de que en esta vida os imita por el camino que habéis seguido en la práctica de las heroicas virtudes y mediante éste, logre ir al cielo a cantar eternas alabanzas al Señor. Amén.

ORACION PARA EL DIA CUARTO

¡Oh amantísimo abogado y protector mío S. Andrés! Cuando considero vuestro corazón tan desnudo de los atractivos y falaces apariencias del mundo, el mío se oprime y desalienta al ver lo poco que me esfuerza en romper unos lazos que me unen todavía a las cosas de este valle de miserias, que con la muerte tengo que abandonar. Vos apenas oísteis con vues-

tro hermano Simón la voz del Salvador, cuando a las orillas del mar de Galilea os dijo con ternura «venid en pos de mí, que yo os haré pescadores de hombres» al momento dejásteis todo cuando teníais de más caro en la vida, para acompañarle, desembarazadamente en sus penosas tareas. Jesús me llama también a mí; cuántas veces me hice sordo a este llamamiento, entretenido con los pecados, y ahora renunciando a ellos para siempre, deseo me alcancéis del Señor las gracias necesarias para que jamás desoiga este llamamiento y a imitación del hijo pródigo venga a los brazos de mi padre, abandone las cosas de este mundo en cuanto me impidan el seguir a Jesús y que mi corazón esté unido a El y que sólo su amor sea el que alimente mi alma, para que amándole en esta vida con un amor fiel y constante, logre amarle en el cielo por toda una eternidad. Amen.

ORACION PARA EL DIA QUINTO

¡Oh fidelísimo Apóstol San Andrés! con que satisfacción tan grande veíais que las gentes de las comarcas por donde pasaba el Salvador corrían en alas de la sublimidad de sus palabras, y le seguían por contemplar también la grandeza de sus prodigios. La fama del Divino Maestro que llenó bien pronto la Judea y la conducta de las turbas en seguirle para escuchar su celestial doctrina y ser curados de sus enfermedades, os llenaba de gozo y encendía en vuestro tierno corazón, llamas vivisimas de ardiente amor. Tal era vuestra confianza, que al ver que Jesús se compadecía de aquella multitud que estaba desfallecida por haberle seguido todo un día, y al preguntarnos como a los demás Apóstoles donde se hallarian provisiones para darles de comer, Vos impulsado de vuestra ardiente fe, le habéis presentado los cinco

panes y dos peces, que tenía un muchacho, confiando en que El los multiplicaría milagrosamente. ¡Con cuánta prontitud correspondió nuestro amado Jesús a vuestra esperanza alimentando milagrosamente con cinco panes a aquellas multitudes que estaban atormentadas de hambre y desfallecidas de cansancio! ¡Qué necesidad siente mi alma ¡oh Santo mío! de aquella fe viva y confianza filial, que vos abrigábais hacia el Divino Redentor de nuestras almas; alcanzadme; pues, estas virtudes del Señor de las misericordias, a fin de que poniendo en El toda mi confianza, logre ser bueno durante el resto de mi vida con ayuda de las divinas gracias, y así tras la muerte que me espera arribaré feliz a las playas de la gloria. Amen.

ORACION PARA EL DIA SEXTO

¡Oh benignísimo Apóstol S. Andrés! ¿Quién es capaz de penetrar el insondable océano de caridad, que habéis adquirido en la compañía con nuestro Redentor que hacía arder vuestro amable corazón en voraces llamas de amor a Dios y al prójimo? ¡Con qué ansia deseábais ejercer esa virtud sublime, que se complace en hacer bien a todos y remediar las necesidades ajenas! Por eso cuando habéis sabido que aquellos gentiles anhelaban ver a Jesús, al momento corristeis dar cuenta al Divino Salvador para que se dignara dejarse ver de ellos y fueran cumplidos sus votos. Yo también deseo ver a mi dulcísimo Jesús y tener entrada en su reino celestial y permanecer eternamente en su inefable presencia. Pero ¡ay! soy indigno de lograr tanta dicha; por eso vengo a vos, a suplicaros me alcancéis del Señor esta gracia junto con las demás que pido en esta novena siempre que sean del agrado de mi Padre celestial. No me abando-

néis ¡oh glorioso S. Andrés! durante mi peregrinación sobre la tierra, ni a la hora de mi muerte, para que logre por vuestra protección gracias abundantísimas para amar a mi Dios, en este valle de amarguras como El desea que le ame, y después gozar de su divina presencia en la mansión de los justos. Amen.

ORACION PARA EL DIA SEPTIMO

¡Qué abrasado vuestro corazón ¡o dichoso S. Andrés! que ilustrada vuestra alma, qué inundado de luz vuestro espíritu el día dichoso en que bajó sobre vos el Espíritu Santo! Sólo vos podríais expresar la maravillosa transformación que experimentásteis en aquel momento feliz. Destinado por Jesucristo para llevar la esplendorosa antorcha del Evangelio a los que yacían sumidos en las tinieblas de la gentilidad, y atollados en el fango de los vicios, para en fin anunciar las verdades evangélicas al mundo entero, y no bien habéis recibido el Espíritu Santo salisteis con una intrepidez nunca vista por las calles y plazas predicando la nueva Religión y testificando que aque Jesús a quien crucificaran los judíos, era el Dios humano que había venido a redimirle de la esclavitud del demonio a la descendencia de Adán. Por las singulares gracias y privilegios con que os enriqueció el Altísimo, os pido ¡oh glorioso patrono de Teixido! me alcancéis del Espíritu Santo que derrame sobre mí el espíritu de temor de Dios que produce la hermosa virtud de la humilde y con ella el propósito de nunca más ofenderle. Haced que el Señor cree en mí un corazón limpio, que renueve todas mis intenciones a fin de que sean encaminadas a la práctica de las virtudes y finalmente que no me arroje de su divina presencia, para que amándole en este destierro como El desea que le amemos, logre navegar en este mar de pasiones con seguridad, siguiendo siempre por el ca-

mino del Cielo y así seré eternamente dichoso en esa mansión de felicidad sin fin. Amen.

ORACION PARA EL DIA OCTAVO

Vos sois ¡oh invicto Apóstol S. Andrés! uno de aquellos doce astros luminosos de primera magnitud que el Señor escogió para difundir la luz clarísima de la verdad por todo el mundo y cuyas benignas influencias han fecundizado una tierra antes estéril, y más tarde jardín ameno de bellísimas virtudes. Vos sois uno de aquellos doce ángeles evangelizadores de la paz que anunciara a los hombres el Dios de elegencia; a Vos también es deudor el universo de aquella Religión santa; única y verdadera, que forma nuestras más puras delicias y al mismo tiempo es origen precioso de todo bien en esta vida y de eterna felicidad en la otra. Vos sois, en fin, uno de los doce Apóstoles de Jesucristo, y con esto va dicho todo cuanto se puede decir de un abrasado corazón en el amor de Jesús. ¡Cuán fielmente habéis desempeñado tan alto y glorioso ministerio! La Scitia, la Capadocia: la Galacia, la Frigia, la Bithimia, los confines del Mar Negro y tantos otros pueblos fueron teatro de vuestros triunfos, al destruir el imperio del príncipe de las tinieblas, enarbolando el estandarte de la Cruz sobre las ruinas del gentilismo. Por tan señalados triunfos, os pido ¡oh protector mío! me alcancéis del Señor, que antes apetezca la muerte, que separarme del cumplimiento de la Ley evangélica, para que cumpliendo la con exactitud en esta vida, logre salvar mi alma que es el fin para que Dios me crió y tras los breves días de existencia logre llegar al Cielo para cantar en compañía de los coros evangélicos eternas alabanzas al Dios de las alturas. Amén.

ORACION PARA EL DIA NOVENO

Vuestro ardoroso celo glorioso S. Andrés, en pro-

pagar la gloria de Dios, el raudal de sabiduría celestial que se desbordaba por vuestros labios, y el aroma precioso de virtud que exhalaba vuestro amante corazón, poblaron de fieles la Jerusalén militante y llenaron de almas la triunfante; y al ver esto el infierno bramó furioso y apoderándose de un obcecado y sanguinario procónsul intentó hacer que sacrificárais al interés de vuestra vida los intereses de Dios y de vuestra alma ¡Que contento estábais en padecer por Jesucristo! ¡Con qué amor sufristeis las prisiones, los tormentos con que intentaron doblar vuestra constancia! ¡Que dulces emociones no experimentó vuestra alma al ver que avistábais la Cruz! ¡Qué dicha el morir en ella! Por el amor que demostrásteis a la Cruz, al abrazaros a ella para ser la poseedora de vuestro último suspiro; os suplico desde lo íntimo del corazón me alcancéis del Señor gracias abundantes para recibir con paciencia los trabajos de esta vida, la Cruz de mi estado y la misma muerte cuando me venga a buscar para separarme de este mundo engañoso, a fin de que viviendo en gracia y amistad de Dios, logre ir a cantar en vuestra compañía al Edén celestial eternas alabanzas al Dios inmortal. Amén.

Debe procurarse hacer una confesión y comunión como último día para mejor obtener de S. Andrés su protección y las gracias que se piden en esta novena.

Ruega por nosotros bienaventurado San Andrés.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACION

Rogamos Señor humildemente a vuestra divina Majestad, que así como vuestro Apóstol S. Andrés fué predicador y Gobernador de vuestra Iglesia; así sea para con Vos, nuestro perpétuo intercesor. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

A. M. D. G.

